

## Las rapaces nocturnas: Del mito a la lengua II. El búho chico y el autillo

POR

JOSE MUÑOZ GARRIGOS

Departamento de Gramática Histórica

### SOMMAIRE

*Deuxième chapitre d'une série d'études sur les oiseaux ci-dessus mentionnés, le premier desquels étant dédié au grand duc. En fonction du traitement que chacun de ces animaux a reçu dans la mythologie classique, l'on essaye d'établir toute une série de différences linguistiques entre les mots qui les désignent, qui d'ailleurs correspondent aux dénominations qui existent dans le niveau de la taxonomie zoologique. Somme toute, c'est le procès onomasiologique que l'on prétend déchiffrer avec ces contributions.*

*Parallèlement, peut-on trouver d'autres avis d'intérêt pour le philologue, comme c'est le cas des discussions étymologiques ou celui des retentissements littéraires de quelques traits de ces oiseaux.*

Lo que dejamos expuesto acerca del proceso onomasiológico que dio origen a la denominación de *búho*, para el *Bubo bubo*, sería repetible para el que se considera, a pesar de algunas diferencias morfológicas y de comportamiento, su hermano menor: el *Asio otus*, cuyo nombre castellano más corriente es *búho chico*. Como bien se puede suponer por la denominación, es de menor tamaño y corpulencia que el anterior, si bien el parecido entre ambos justifica plenamente que se les aplique el mismo nombre, pese a no ser ni siquiera del mismo género, aunque sí de la misma familia estrígida. Varias razones pueden ser aducidas como justificación para ocuparnos de él en estos momentos, y no remitir al lector, exclusivamente, a lo ya dicho: en primer lugar, la desaparición, total en español, de los nombres con que se designaba a este animal en latín y en griego: *asio* y *otus*, en el primero, y  $\nuυκτιχόραξ$

entre los helenos; la segunda razón es el que aparezca, como designación popular, la de *corneja*, nombre que se aplica también, y quizá con más frecuencia, a un córvido, el *Corvus corone*, ya sea la muy extendida en España, la *corneja negra*, *Corvus corone corone*, o la más conocida en el resto de los países europeos ribereños del Mediterráneo, la *corneja cenicienta*, *Corvus corone cornix*<sup>1</sup>. En la taxonomía zoológica, las coincidencias entre ambos animales acaban en el nivel de la subclase, de tal forma que ambos tienen en común, solamente, el ser metazoos, vertebrados, aves y neognatos; a partir de ahí ya no son comunes ni el orden, ni la familia, ni el género ni la especie<sup>2</sup>. Las diferencias que muestran los datos suministrados por la experiencia no son menores que las expuestas por la zoología, como es fácilmente comprobable. La pregunta surge de modo casi espontáneo y natural: ¿cómo es posible que se conozcan con el mismo nombre dos aves tan radicalmente diferentes? La lengua soporta un buen número de homonimias o polisemias más o menos enojosas, pero algunas características hacen de este un caso no demasiado repetido: se trata de animales de la misma clase; no es infrecuente que ocupen el mismo hábitat, singularmente cuando se trata de bosques de coníferas, por lo que pueden aparecer juntos, al tiempo que, en la literatura, no siempre es suficientemente explícito el contexto como para poder distinguirlos con nitidez y claridad; por último, la estructura semasiológica en la que aparecen insertas estas denominaciones tiene mucho más, lógicamente, de nomenclatura científica que de ordenación puramente lingüística. Ante la naturaleza de estos hechos, hemos creído conveniente estudiar el problema desde sus comienzos, repitiendo el esquema seguido en el capítulo dedicado al búho.

La primera descripción griega de este animal es de Aristóteles, en su *Historia Animalium*:

—ἔνιοι τὸν ὄπτην νυκτικώρακα.

—ἔτι τῶν νυκτερινῶν ἔνιοι γαμφώνυχές εἰσιν, οἷον νυκτικώραξ, γλαυς, βρούας.

—γλαῦκες δὲ καὶ νυκτικώρακες, καὶ τὰ λοιπὰ ὅσα τῆς ἡμέρας ἀδυνατεῖ βλέπειν, τῆς νυκτός μὲν θηρεύοντα τὴν τροφὴν αὐτοῖς πορίζεται... θηρεύει δὲ μῦς καὶ σαύρας; (3).

(—Algunos llaman *otus* al *nyktikorax*.)

—Además, algunos de los *nyktícorax* tienen las uñas ganchudas, lo mismo que la lechuza, o el búho.

—Las lechuzas, los *nyktícorax* lo mismo que los demás, no pueden ver durante el día, por lo que se buscan el alimento cazando de noche... cazan ratas y lagartos.)

1 PETERSON, R.; MOUNTFORT, G.P y HOLLON, P. A. D.: *Guía de campo de las aves de España y de Europa*, 4.ª ed., Barcelona, 1977, págs. 357-358.

2 *El mundo de los animales*, vol. IV, Barcelona, 1970, págs. 329-368.

3 Apud D'ARCY WENTWORTH THOMPSON: *A glossary of greek birds*, 2.ª ed., Londres, 1936: S. V., pág. 208.

Nos encontramos, pues, según el estagirita, ante un ave rapaz nocturna, incapaz de buscar su sustento durante el día, y lo suficientemente parecida al búho y a la lechuza como para ser encuadrable entre ellos. El complemento de estos datos nos lo ofrece Estrabón:

-καὶ ὁ νυκτικώραξ ἰδιότροπος ἐνθάδε\* παρ' ἡμῶν μὲν γὰρ αἰετοῦ μέγεθος ἴσχει καὶ φθέγγεται βαρῦ, ἐν Αἰγύπτῳ δὲ κολοιοῦ μέγεθος καὶ φθογγὴ διάφορος, (4).

(—And also the *nycticorax* is here of a peculiar species, for in our country it has the size of an eagle and a harsh caw, but in Aegypt the size of a jackdaw and a different caw.)

Hay que hacer constar, sin embargo, que, ya desde el propio Aristóteles, se ha venido confundiendo este ave, no solamente con el *otus*, del que más tarde hablaremos, sino también con el *Ardea nycticorax* <sup>5</sup>.

En la tradición mitográfica griega es posible encontrar nuevas referencias al «cuervo de la noche», siendo las más interesantes para nuestro propósito las de Antoninus Liberalis, Horapollo y Nicharchos. Al relatarnos el primero de ellos el mito de Meropis, nos cuenta cómo éste y sus dos hermanos, Byssa y Agrón, hijos de Eumelos, fueron metamorfoseados en distintas aves, por su negativa a participar en los festejos en honor de los dioses; he aquí la parte final del relato, en la que se nos narra el resultado de los distintos procesos metamórficos:

-μεροπίς δ' ὡς ἤκουσεν, ἐξύβρισε πρὸς τὸ ὄνομα τῆς Ἀθήνας, ἣ δὲ αὐτὴν ἐποίησεν ὄρνιθιον γλαυκά. Βύσσα δὲ τῷ αὐτῷ ὀνόματι λέγεται καὶ ἔστι λευκοθέας ὄρνις. Ἄγρων δ' ὡς ἐπύθετο, ἀρπασας ὄζελόν ἐξέδραμεν, Ἑρμῆς δ' αὐτὸν ἐποίησε χαραδριόν. Εὐμελος δὲ τὸν Ἑρμῆν ἐνεέκσεσεν, ὅτι μετεμόρφωσεν αὐτοῦ τὸν υἱόν, ὁ δὲ κάκεινον ἐποίησεν νυκτικώρακα κακάγγελον, (6).

(Meropis se prit à l'insulter, et la déesse la transforma en un oiselet, la chouette; Byssa qui garda le même nom est l'oiseau de Leucothéa; aussitôt qu' Agron eut appris cette métamorphose, il saisit une broche et courut dehors, mais Hermès le transforma en pluvier; Eumélos invectiva contre Hermès, lui reprochant d' avoir métamorphosé son fils; Hermès transforma aussi Eumélos et en fit corbeau de nuit, messenger de malheurs.)

Dos puntos de este relato llaman nuestra atención: en primer lugar, el problema de la identificación del ave en que fue metamorfoseada Byssa: Pollard afirma que «Byssa retained her name of Horned Owl and became the bird of Leucothea (and odd attribution since Leucothea was a sea-goddess)» <sup>7</sup>, donde aparece expresada con toda claridad, no solamente la

4 *The geography of Strabo*, Ed. de Horace Leonard Jones, vol. VIII, Cambridge-London, 1967, pág. 150, cuya traducción sigo.

5 Cfr. D' ARCY W. THOMPSON, *op. y loc. cit.*

6 Antoninus LIBERALIS: *Les Métamorphoses*, Ed. de Manolis Papathonopoulos, París, 1968, pág. 28, cuya traducción sigo.

duda acerca de la vinculación del ave con *Leucothea*, sino también la inequívoca identificación con el *búho chico*, a través de su nombre inglés: *horned owl*. Más contemporizador parece que es el dictamen de Papathonopoulos, puesto que admite que el ave de *Leucothea* es la gaviota, pero que «l'oiseau nocturne βύσση (probablement le même que βύξου ou βύξου) sied bien à la divinité chtonienne qu'est Leucothéa. Celle-ci avait un culte à Côs»<sup>8</sup>. En segundo término, nos encontramos con que Eumelos fue metamorfoseado por Hermes en «corbeau de nuit», transliteración exacta de la voz griega, de donde se desprende que la traducción de Pollard, «horned owl», para el resultado de la metamorfosis de Byssa, pudiera ser redundante e inexacta, puesto que esa denominación convendría más al de Eumelos, según el texto griego.

Este mito de Meropis nos presenta dos rasgos delimitadores de la idiosincrasia del animal: por una parte, la expresión o manifestación de algo, en este caso la protesta, que, paralelamente a lo que sucedió con el búho, con la delación, le lleva a la metamorfosis como castigo. «Delación» y «protesta» tienen en común, no solamente el rasgo de manifestación de un hecho determinado, sino también la de que este hecho no sea ajustado a derecho; la diferencia vendría dada por el doble carácter de la persona a la que se le notifica el hecho: en el caso de la delación, la persona es superior a la que comete el hecho, y además, puede ser la que impone la norma, como vimos en el ya citado caso del búho; por el contrario, la protesta va, en esta ocasión, dirigida al mismo que la ha provocado, sin que encontremos alusión alguna a si la norma procede de él o no. En segundo término, aparece el problema de la soledad, que también ha sido señalado lingüísticamente para el búho, como lo demuestra alguna de las significaciones que la voz tiene en español.

Tanto Horapollo como Nicarchos insisten en el carácter de presagiador de la muerte del «cuervo de la noche»; he aquí ambos textos:

-νυκτικὸραξ θάνατον σημαίνει· ἄφνω γὰρ ἐπέρχεται τοῖς νεοσσῶις, τῶν κορωνῶν κατὰ τὰς νύκτας, ὡς ὁ θάνατος ἄφνω ἐπέρχεται, (9).

-νυκτικὸραξ ἄδει θανατηφορον· ἀλλ' ὅταν ἄση Δημόφιλος, θνησκεὶ καὶ τὸς ὁ νυκτικὸραξ, (10).

(El cuervo de la noche significa la muerte: pues de repente se presenta a los polluelos de las cornejas durante la noche, del mismo súbito modo que se presenta la muerte.

—El cuervo de la noche canta trayendo la muerte. Demófilo murió, lo mismo que el propio cuervo de la noche.)

Sin embargo, no es esta la única ocasión en la que los mitógrafos se ocuparon de nuestro «cuervo de la noche»; el propio Antoninus Liberalis

7 *Birds in greek. Life and Myth*, Thames and Hudson, 1977, pág. 169.

8 *Loc. cit.*, pág. 105, nota 14.

9 D'ARCY W. THOMPSON, *op. y loc. cit.*

10 *Ibidem*.

hace referencia al mito de las Miniades, que, por no querer asistir a los ritos órficos, fueron metamorfoseadas por Hermes, o por el mismo Dioniso, según Ovidio, en murciélago, lechuza y búho:

-...ἄχρις αὐτὰς Ἑρμῆς ἀφάμενος τῆ ῥάβδῳ μετέβαλεν εἰς ὄρνιθας· καὶ αὐ-  
τῶν ἡ μὲν ἐγένετο νυκτερίς, ἡ δὲ γλαυξ, ἡ δὲ βύξα. Ἐφυγον δὲ αἱ τρεῖς  
τὴν αὐγὴν τοῦ ἡλίου, (11).

(...hasta el momento en que Hermes, tocándolas con su varita, las transformó en aves: una se convirtió en murciélago, otra en lechuza, y la otra en búho. Las tres huyen de la luz del sol.)

El mito pasa después, entre otros, a Ovidio, quien, simplificándolo, admite que las tres hijas de Minias fueron metamorfoseadas en murciélagos<sup>12</sup>. Si traemos aquí este relato es porque, a propósito de la forma griega *nycteris*, algún comentarista, siguiendo la *Historia de los Animales*, de Aristóteles, ha sugerido que pudiera ser *nyctikórax*, con lo cual las tres aves serían más afines, y el final del mito ganaría en coherencia; al margen de ello, también se ha supuesto que la metamorfosis de la tercera de las hermanas fue en *koróne*<sup>13</sup>, nombre del que nos tendremos que ocupar más adelante. Lo que nos interesa destacar ahora mismo de este mito es, nuevamente, la causa desencadenante de la metamorfosis: con independencia del resultado final, parece que está bastante claro que es el retraimiento de las protagonistas lo que motiva su transformación. Siempre y cuando admitamos las razonables rectificaciones arriba comentadas de *byssa* y *nycteris*, el ave de la que nos venimos ocupando estaría directamente implicada en este mito. Independientemente de ello, y por lo que respecta al personaje de Eumelos, habría que indicar que aparece otra vez el problema de la manifestación como causa de la metamorfosis, si bien en este caso concreto no se trataría de una delación, sino una protesta por los hechos acontecidos. Por lo que al *búho chico* se refiere, no parece que haya demasiado inconveniente en admitir su carácter de ave retraída y poco sociable, tanto por sus hábitos nocturnos como por lo poco gregario de sus costumbres.

Hasta la latinidad tardía no he encontrado referencia alguna, posthelénica, del sustantivo *nyctikórax*, y en todos los casos las alusiones parecen referirse más a la voz griega que a alguna posible adaptación latina: San Jerónimo escribe la epístola 106 a Sunnia y Fretela, refiriéndose a la interpretación de algunas variantes encontradas en las distintas versiones del *Psalterio*. A propósito del versículo 7 del salmo 101 (102 en las versiones procedentes del texto masorético), justificando la interpretación del *Psalterium Gallicanum*,

11 Ed. cit., cap. X.

12 *Metamorfosis*, Ed. de Antonio Ruiz de Elvira, vol. I, Barcelona, 1964; libro IV, vv. 1-50 y 405-415, págs. 122-124 y 139-140, respectivamente.

13 Antoninus LIBERALIS, *op.* y ed. cit., pág. 93.

basada en la *Hexaplas* de Orígenes, frente a la versión de los Setenta, dice: «In eodem: *Factum sum sicut nyctikórax in domicilio*. Quod similiter habetur in Graeco; et queritis quid significet nyctikórax apud Latinos. In Hebraeo pro nycticorace uerbum 'bos' scriptum est, quod Aquila, et Septuaginta, et Theodotio, et quinta editio 'nycticoracem' interpretati sunt; Symmachus 'upupam', sexta editio 'noctuam' quod et nos magis sequimur. Denique ubi apud nostros et Graecos legitur 'Factus sum sicut nycticorax in domicilio': apud Hebraeos dicitur: 'Factus sum sicut noctua in ruinosis'. Plerique 'bubonem', contentiose significari putant»<sup>14</sup>. En cualquier caso, como bien reconoce Jacques André, San Jerónimo cambió de opinión, e identificó después el ave que nos ocupa con un córvido, con lo que vemos reproducidas también en la latinidad tardía las confusiones que ya, como hemos señalado anteriormente, existían en griego<sup>15</sup>. San Isidoro, en sus *Etimologías*, se limita a decirnos que «Nycticorax ipsa est noctua, quia noctem amat. Est enim avis lucifuga, et solem videre non patitur»<sup>16</sup>.

A partir de este momento, ya no vuelvo a encontrar más este nombre, excepto en algunas versiones romances de los versículos 12-18, del capítulo 14 del Deuteronomio, procedentes de la *Vulgata*, donde aparece *nycticorax*; así, en la *General Estoria* se lee *ninicoraz*; en la versión del manuscrito escurialense I.j.8, *vitcoraço*; en el Y.j.6, *vito jaco*, y en el I.j.7, *cueruo de la noche*<sup>17</sup>. Como se puede apreciar, a excepción hecha del último texto que traduce correctamente la voz griega, todos los demás nos ofrecen o cacografías, o el resultado de audiciones no correctas del término heleno. Sin embargo, al comentar el siguiente párrafo de Plinio el Viejo: «Otus bubone minor est, noctuis maior, auribus plumeis eminentibus, unde et nomen illi —quidam Latine axione uocant—, imitatrix alias auis ac parasita et quodam genere saltatrix. Capitur haut difficulter ut noctuae, intentam in aliquem circumeunte alio. Quod si uentus agmen aduerso faltu coepit inhibere, pondusculis lapidum adprehensis aut gutture arena repleto stabilitate uolant»<sup>18</sup>, E. de Saint Denis reproduce la traducción del siguiente fragmento de la *Historia Animalium*, de Aristóteles, de donde parece que puede proceder el texto del escritor latino: «L'otus ressemble à la chouette, avec des aigrettes autour des oreilles on l'appelle parfois corbeau de nuit (*nycticorax*). C'est un oiseau moqueur et qui imite ce qu'il voit faire; et, pendant qu'il conrefait la danse d'un chasseur, il se laisse prendre par un autre chasseur qui fait le tour par derrière. C'est

14 *Cartas de San Jerónimo*, Introducción, versión y notas de Daniel Ruiz Bueno, vol. II, Madrid, 1962, págs. 181 y sigs. La cita en la 214.

15 Jacques ANDRÉ: *Les noms d'oiseaux en latin*, París, 1967; S. V.

16 Ed. de José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, vol. II, Madrid, 1983, pág. 112.

17 Apud A. G. SOLALINDE: «Los nombres de animales puros e impuros en las traducciones medievales españolas de la Biblia», en *Modern Filology*, XXVII, mayo 1930, págs. 473-485; la relación en la 477.

18 *Histoire Naturelle*, Livre X. Texte établi, traduit et commenté par E. de Saint Denis, París, 1961, pág. 51.

encore de cette façon qu'on s'empare des chouettes», para apostillar después: «Ces rapprochements conduiraient aux identifications suivantes: 1) *bubo* (βῦβας): gran duc; 2) *otus* - *axio* (ὠτός - νυκτικόραξ): moyen-duc; 3) *noctua* (γλαύξ): chouette, chevêche;...»<sup>19</sup>. Ello nos explica la escasa difusión del nombre griego, puesto que ha sido sustituido por otros que han prescindido, desde el punto de vista del proceso onomasiológico, de una de las características del animal, la relativa a uno de sus hábitos, en favor de una denominación procedente de una de sus notas morfológicas, y precisamente aquella que más lo puede vincular, por mor de la percepción sensorial, con el que, en líneas generales, puede ser considerado como su hermano mayor, el búho: las plumas que simulan las orejas.

En otro fragmento, el mismo Plinio alude a una de las propiedades curativas del animal: «Glaucmata dicunt Magi... curetur... aut felle recenti axionis; noctuarum est id genus, quibus pluma aurium modo micat»<sup>20</sup>; en esta ocasión, el comentarista lo identifica bien, en principio: «L'*axio* est une espèce d'oiseau de nuit, plus gros que la chouette, plus petit que le hibou, nommé en grec ὠτός, parce qu'il a des plumes autour des oreilles», para afirmar más adelante que «c'est peut-être une effraie»<sup>21</sup>, no pareciéndonos tan acertada esta última posible identificación, aun cuando medien las palabras de Plinio. En cualquier caso, para proseguir las indagaciones acerca del «búho chico», debemos hacerlo a partir de los nombres *axio* y *otus*, que son, no casualmente, los que corresponden a esta estrigiforme en la nomenclatura científica actual. Los estudiaremos cada uno de ellos por separado.

Del sustantivo *axio* no ha quedado ningún heredero en ibero-romance, aunque sí en italiano, si bien con un evidente desplazamiento del significado, por cuanto en latín designaba al *búho chico*, y en italiano el sustantivo *assiolo* alude al *autillo*, el menor de los búhos (*Otus*, o *Strix scops*)<sup>22</sup>; como intentaremos demostrar más adelante, este mismo desplazamiento semántico ha podido tener lugar en español, pero partiendo del otro nombre latino del animal: *otus*. Al margen de ello, no vemos justificación alguna para que J. André afirme, a propósito de la posible etimología de la voz *axio*, que «Il faut rejeter pour le sens les rapprochement proposé par G. Alessio avec la glosse ὄξυγη *bufo*»<sup>23</sup>. Primeramente debo manifestar la sorpresa que me ha causado el hecho de que la imagen de las grandes «orejas» del búho chico, incluso desproporcionadamente grandes para el tamaño y la envergadura del animal, detalle este que resulta significativo, incluso lingüísticamente, como lo demuestra el término *otus*, situadas en lo más alto de una cabeza ostensible-

19 *Op. cit.*, pág. 125, notas al párrafo 68.

20 *Op. cit.*, Livre XXIX. Texte établi, traduit et commenté par A. Ernout, Paris, 1962, pág. 59.

21 *Op. cit.*, pág. 96, notas al párrafo 117.

22 Cfr. F. COCO: «Le denominazioni dell'assiolo (*Strix scops* L.) nei dialetti italiani», en *Archivio glottologico italiano*, XL, 1955, págs. 51-64.

23 *Op. cit.*, S. V. *axio*.

mente redonda, no le haya recordado al investigador francés que ya en Vitruvio, *axis* es toda línea recta que cruza una superficie esférica<sup>24</sup>. En segundo lugar, creo que puede llegar a ser excesivamente arriesgado, al menos como punto de partida metodológico, rechazar la autoridad de una glosa a la hora de establecer una base etimológica, sobre todo cuando va apoyada por la indudable coincidencia con la noción básica de *strix*, nombre del que procede la denominación de esta familia de aves. No poseo datos suficientes para poder pronunciarme en torno a la justeza de los bien documentados razonamientos que G. Alessio hace para la derivación formal de *axio*<sup>25</sup>. Por el contrario, tiene J. André plena razón, frente a d'Arcy Thompson, al no admitir el posible error de identificación por parte de Plinio, en vista de que, como apuntábamos arriba, los nombres italianos derivados de *axio* hacen referencia al *autillo*, pues se trata de un desplazamiento semántico, detalle este que no acertó a calibrar el investigador inglés.

Aparte de los ya aducidos textos de Aristóteles y de Plinio el Viejo, en los que se aludía al *otus*, relacionándolos con *axio* y con *nycticórax*, es posible localizar otros textos griegos referentes al *búho chico*. Así, leemos en los *Moralia*, de Plutarco:

ὁ δ' ὤτος αὖ πάλιν ἀλίσκεται γοητενόμενος, ὀχουόμενον ἐν ὄφει μεθ' ἡδονῆς ἅμα ῥυθμῷ χλιχόμενος τοὺς ὤτους συνόλαστρέφειν, (26).

(El búho chico, a su vez, puede ser sorprendido hechizado, al procurar mover sus hombros alucinado con el movimiento de los hombres que danzan ante él.)

De Atheneo son los dos textos siguientes:

ἡμιμητικὸν δὲ ἐστὶ τὸ ζῷον τοῦτο, ὃ ὤτος, μάλιστα ὡς ἂν ἴδῃ ποιοῦντα ἀνθρώπων· ποιεῖ δ' οὖν ταῦτα ὅσα ἂν ἴδῃ τοὺς κυνηγοῦντας πρᾶττοντας· οἱ δὲ στάντες αὐτῶν καταντικρὸς ὑπαλειφονται φαρμάκῳ τοῖς ὀφθαλμοῖς, παρασκευάσαντες ἄλλα φάρμακα κολλητικὰ ὀφθαλμῶν καὶ βλεφάρων, ἅπερ οὐ πόρρω ἑαυτῶν ἐν λεκανίσκαις βραχελαῖς τιθέασιν· οἱ οὖν ὧτοι θεώμενοι τοὺς ὑπαλειφομένους τὸ αὐτὸ καὶ αὐτοὶ ποιοῦσιν ἐκ τῶν λεκανίσκων λαμβάνοντες καὶ ταχέως ἀλίσκονται, (27).

(Este animal, el búho chico, es muy dado a imitar cualquier cosa que vea hacer al hombre; hace lo mismo que ve hacer a los cazadores. Así, éstos se sitúan a la vista de ellos y embadurnan sus ojos con un ungüento, tras preparar otros ungüentos con los que se pegan ojos y párpados, y que colocan a no demasiada distancia de ellos en unos cuencos. Por tanto, viendo los búhos chicos que los hombres se embadurnan a sí mismos, tomando el ungüento de los cuencos, y los imitan, siendo rápidamente cazados.)

24 La noción es lo suficientemente conocida, importante y usual como para ser registrada, juntamente con su autoridad, en el *Diccionario latino-español*, de Blázquez Fraile, 4.<sup>a</sup> ed., Barcelona, 1861; S. V.

25 G. ALESSIO: «Ricerche etimologiche su voci della terminologia tecnica del latino»: *Atti dell'Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti*, CIX, 1950-I, págs. 47-68; la referencia en la 50.

26 Edición y traducción de Harold Cherniss y William C. Helmbold, vol. XII, Londres, 1968, pág. 334.

27 *Deipnosophistae*, ed. de Charles Burton Gulick, vol. IV, Londres, 1961, págs. 264-266.



—ὁ ὡτός ἐστι μὲν παρόμοιος τῇ γλαυκί, οὐκ ἐστι δὲ νυκτερικός· ἔχει τε περὶ τὰ ὦτα πτερύγια, διὸ καὶ ὡτός καλεῖται· μέγεθος περιστερᾶς, μιμη- τῆς ἀνθρώπου· ἀντορχούμενος· γούν ἀλίσσεται, (28)

(El búho chico es como el búho, pero no es nocturno. Tiene como alitas alrededor de las orejas, de ahí su nombre: *otus*. Tiene el tamaño de una paloma y es imitador del hombre. Así pues, mientras danzan imitando al hombre, pueden ser cazados.)

Pese a la aparente falta de equívoco en la identificación del animal al que se alude en estos pasajes, un análisis más detenido de ellos nos permitirá detectar algunas vacilaciones significativas. Al comentar los textos de Aristóteles y de Plinio, el mismo D'Arcy Thompson escribe: «In the Aristotelian passages the Short-eared Owl might seem perhaps to be indicated, as (1) a migratory bird, (2) associated with the quails, and therefore a bird of the open country, and (3) as being diurnal rather than nocturnal. But Pliny's *Asio* is undoubtedly the little Scops Owl»<sup>29</sup>. Independientemente de que ya nos está denunciando las discrepancias existentes entre le estagirita y el naturalista latino, habida cuenta de que el primero de ellos se refiere a la llamada, en español, *lechuza campestre* o *de los pajonales*, el segundo alude inequívocamente al *autillo*, tomando siempre como base los respectivos términos ingleses<sup>30</sup>, es preciso no dejar de tener en cuenta otros dos hechos que, por incidir en el mismo problema, suponen un importante ahondamiento de la indistinción; son éstos: 1) De los tres rasgos que el comentarista inglés entresaca de la descripción aristotélica del *otus*, y aduce como testimonios de que se refiere a la *lechuza campestre*, el primero se da también en el *búho chico* y en el *autillo*, el segundo lo comparte con el *mochuelo*, mientras que, respecto del tercero, la *lechuza campestre* es exclusivamente diurna, el *búho chico* sólo nocturno, quedando, pues, como ambivalentes el *autillo* y el *mochuelo*, el segundo mucho más que el primero; 2) de las características enumeradas en el texto de Atheneo, convienen inequívocamente a la *lechuza de los pajonales* el no ser nocturna y el tamaño, se puede aceptar el de la presencia de las «alitas», si bien el pequeñísimo tamaño de estas plumas en el ave que nos ocupa nos inclinaría a pensar que el vocablo que emplea el autor griego es muy desproporcionado; el último rasgo merece comentario aparte: la referen-

28 Ed. cit., pág. 266.

29 No es útil acudir a los diccionarios clásicos, porque no siempre los lexicógrafos tenemos conciencia clara ni de la taxonomía científica ni de las diferencias reales que existen entre algunas especies, aparentemente idénticas; por ello, me guío de las correspondencias que, entre los distintos idiomas, establecen Peterson, Mountfort y Hollon: *op. cit.*, pág. 214, y *Biblioteca gráfica Noguer. Las aves nocturnas*, Barcelona, 1979, págs. 176 y sigs. Ni siquiera yo mismo puedo sustraerme al reproche que acabo de hacer, pues, fiándome de la autoridad de Apolodoro, critiqué acremente en la nota 18 del capítulo anterior la opinión de Sir James George Frazer, cuando es evidente que, más razón que el tratadista griego, tenía su editor y traductor.

30 Vid. nota anterior.

cia a la capacidad de imitar al hombre con sus movimientos; a este respecto, tengo para mí que no se trata más que de una bellísima interpretación metafórica y literaria, difícilmente podría tener otra valoración teniendo su origen en autores griegos, de determinados movimientos de algunas de estas rapaces, concretamente del «palmoteo» de alas y del vaivén con que, aves habitualmente estáticas y con una nada despreciable capacidad mimética con el entorno vegetal en que se asientan, intentan defenderse de sus presuntos enemigos; el *búho chico* y la *lechuza campestre* realizan el primero de ellos, al tiempo que el segundo es peculiar y muy característico del *mochuelo*. No pretendo que de todo lo anterior se desprenda que D'Arcy Thompson se equivocó en la equiparación *otus* = *Short-eared Owl*, ni que Atheneo, o Aristóteles, o Plinio no describieron bien el ave en cuestión, sólo quisiera haber dejado demostrado, del modo más sencillo y claro posible, prescindiendo al máximo de los conocimientos técnicos propios de zoólogos, que las descripciones antedichas nos muestran un entrecruzamiento de rasgos muy considerable, lo que redundaba negativamente en el intento de fijar de modo absoluto la identidad del animal.

Por su parte, Pollard, al referirse a la propensión de estas aves a imitar los movimientos humanos, se ve abocado a involucrar por igual al *búho chico*, al *autillo* y al *mochuelo*<sup>31</sup>, sin que para ello constituya impedimento alguno, no ya sólo el conocimiento de las costumbres de cada uno de ellos, sino también la exactitud con que Alejandro de Myndos realiza algunas observaciones diferenciales entre ellos, como las relativas al tamaño o a la presencia de «orejas»<sup>32</sup>.

Todo el epígrafe 391 del *Deipsophistae*, de Atheneo, está dedicado al *otus* y al *scops*, aludiendo a su capacidad mimética, más acentuada en el segundo, del que llega a distinguir dos clases en función de la posibilidad, o no, de que sean capaces de imitar sonidos, ya de otros animales, ya humanos, y a una notable estulticia que los convierte en fáciles presas para sus cazadores, por los procedimientos a los que ya nos hemos referido anteriormente<sup>33</sup>. Por razones fácilmente comprensibles, creemos que el fragmento más interesante para nuestros fines es el que reproduce, textualmente, la ya aludida frase de Alejandro de Myndos, es el siguiente:

—ὁ δὲ σκῶψ, ὡς φησιν Ἀλέξανδρος ὁ κύνδιος, μικρότερός ἐστι γλαυκός καὶ ἐπιμολυβδόφανεῖ τῷ χρώματι ὑπόλευκα στίγματα ἔχει δύο τε ἀπὸ τῶν ὀφρύων παρ' ἑκάτερον κρόταφον ἀναφέρει πτερὰ,

lo que el editor inglés traduce así: «Now the horned owl», as Alexander of Myndus says. «is smaller than the common owl, and upon a ground of lead-colour is has whitish spots; at the brows it bears feathers extending upwards beside each temple», para apostillar en una nota explicativa: «γλαυῶξ, the

31 *Op. cit.*, pág. 180.

32 *Op. cit.*, pág. 22.

33 *Op. cit.*, págs. 266-271.

generic term for owl in Greek, may there be specifically *Athene noctua*»<sup>34</sup>. Desde mi punto de vista, hay varios aspectos que siguen sin quedar claros: 1) La afirmación de que γλαυξ es el archilexema de todos los términos que designan los distintos tipos de búhos, sólo puede admitirse como hipótesis, por cuanto la demostración de ella no tiene otro camino metodológico que el establecimiento del campo semántico correspondiente y la descripción de las relaciones entre los elementos que se integran en él, y, por lo que yo sé, este estudio no ha sido llevado a cabo todavía; 2) aun admitiendo lo anterior, quedaría por dilucidar si los griegos consideraron incluido el mochuelo dentro del grupo de los búhos, no sólo desde el punto de vista zoológico, sino desde la perspectiva mitológico-literaria; 3) prescindiendo de que nos parece menos equívoco el término *little owl* que el de *common owl*, para designar al *mochuelo*, y teniendo en cuenta que la única estrigiforme menor que el *mochuelo* es el *autillo*, no nos parece adecuada la traducción de *scops* por *horned owl*, ya que bajo este nombre parece que se conoce una especie no europea, concretamente el llamado *búho de Virginia*.

De la colación de todos los textos griegos aducidos aquí, como asimismo de las traducciones y comentarios de sus editores, no es posible sacar, de momento, otra conclusión que no sea la de que el ave conocida como *otus* era una estrigiforme, con «orejas» y de tamaño reducido; a partir de ahí, los datos son ya lo suficientemente inseguros como para poder precisar si se trata del *búho chico* (el único cuyas «orejas» tienen el suficiente y desproporcionado tamaño como para poderles aplicar la denominación de «alitas»), el *autillo* (el único cuyo tamaño es inferior al del *mochuelo*), o la *lechuza campestre*, cuyos rasgos diferenciales son mucho menos perceptibles. En cualquier caso, mi conclusión, nunca con carácter de definitiva, sino como mera hipótesis de trabajo, es que el *otus* bien pudo designar al *búho chico*, y el *scops* al *autillo*.

Este mi punto de partida encuentra confirmación en el texto de Plinio que transcribimos en su momento, único párrafo latino en el que aparece este nombre, por cuanto el naturalista clásico lo sitúa, por su tamaño, entre el *búho* y la *lechuza*. No obstante, queda la duda de si se está refiriendo a la *lechuza campestre* o al propio *búho chico*; J. André prefiere inclinarse, en contra de F. Robert<sup>35</sup>, en favor del primero, aduciendo como dato determinante el hecho de ser diurno, mientras que el segundo es exclusivamente nocturno<sup>36</sup>, quizá sin valorar en toda su magnitud y gravedad el problema del entrecruzamiento de rasgos que hemos visto anteriormente; sea como fuere, creo más acertadas estas mismas palabras suyas: «Il est fort possible qu'il aite été confondu en Grèce, comme chez nous (ce qui lui vaut de n'avoir pas de nom propre), avec le hibou moyen-duc de même taille, mais dont oreilles sont longues et les moeurs nocturnes»<sup>37</sup>, a pesar de que, lo mismo que el *búho*

34 *Op. cit.*, págs. 268-269.

35 *Les noms d'oiseaux en grec ancien*, Bâle, 1911, págs. 102-103.

36 *Op. cit.*, S. V.

37 Descarto así las referencias directas a casos como el del verbo aragonés *otilar*, «aullar el lobo»: cfr. J. BORAO: *Diccionario de voces aragonesas*, 2.<sup>a</sup> ed., Zaragoza, 1908, S. V.

*chico*, la *lechuza campestre* tampoco tiene nombre propio, no ya sólo en francés, sino en toda la Romania occidental. Renuncio a dilucidar si el *ὄτος* griego designó originariamente, o sólo en virtud de una confusión, como afirma André, al *búho chico*, no solamente porque ello me obligaría a alejarme de mis iniciales propósitos, que no son otros sino el establecimiento de un campo onomasiológico del español actual, llevándome hasta la identificación y valoración de las fuentes de la aristotélica *Historia Animalium*, sino también porque los incontrovertibles datos de experiencia nos muestran que traductores de textos, editores, comentaristas y autores de textos literarios llegan a confundir, casi tanto como el «hombre de la calle», unas estrigiformes con otras. Lo que, al presente, aquí nos interesa creemos que ha quedado suficientemente claro: el *búho chico* fue conocido como *Otus*, ya desde Aristóteles.

Otro escollo, de no menor dificultad que los anteriores, es el que nos encontramos en el momento de aclarar si este sustantivo ha dejado, o no, derivados castellanos, dentro del campo de las designaciones utilizadas para nominar a algún miembro de la familia estrigiforme<sup>37</sup>. El primer problema aparece con la documentación de la voz en castellano, que resulta ser no sólo escasa, sino también muy tardía, ya que, efectivamente, no hay datación de ella anterior a Nebrija<sup>38</sup>. Si es cierto que la relación establecida en el *Dictionary ex hispaniensi in latinum sermonem* es altamente interesante, no lo es menos que, desde el punto de vista etimológico-formal, es insostenible<sup>39</sup>. Alrededor de unos sesenta años después, la *Biblia* de Ferrara, de 1553, tanto en el capítulo 11 del Levítico como en 14 del Deuteronomio, traduce como *hija del autillo* el nombre que el texto hebreo da como *bath hayya' anâh*, la *Vulgata* como *struthio*, y todas las demás cotejadas por García Solalinde, excepto la versión de rabí Mosé Arragel de Guadalfajara, en el texto traducido del hebreo, pero no en las anotaciones, presentan voces relacionadas con el *avestruz*<sup>40</sup>. En la segunda parte del trabajo, el autor de estas correspondencias intenta justificar la traducción del texto de Ferrara con el siguiente párrafo: «AUTILLO, HIJA DEL F 117. VII8 = H *bath hayya' anâh* 'avestruz', conservando el hebraísmo 'hija de los gritos' y buscando un ave gritadora, *autillo*, que podría apoyarse en Nebrija 1492: 'Autillo, ave nocturna, *vlula, ae*' y en el verbo *otilar* 'aullar el lobo' recogido por Borao, *Dicc. de voces aragonesas*; *autillo* es ave 'parecida a la lechuza' según *Dicc. Acad.* No encuentro *autillo* en textos medievales. REWb, 6123, rechaza la etimología del gr. *otus* dada por Diez, 428; es sin duda un semicultismo derivado de *altilium*, 'avium altilium' en *Thesaurus*, s.v. *altilis*, y 'altilis nomen est auis', *Corpus gloss.*

38 Agradezco muy sinceramente a don Rafael Lapesa el haber buscado, para mí, esta y otras voces citadas en el presente trabajo, en el desgraciadamente inédito *Vocabulario Medieval*, elaborado bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal.

39 La traducción es *ulula*; cfr. *Vocabulario de romance en latin*, Ed. de Gerold J. Macdonald, Madrid, 1973, S. V.

40 A. GARCIA SOLALINDE: art. cit., págs. 475-477.

*Lat.*, IV, 307/38, y V, 438/57»<sup>41</sup>. Aun prescindiendo de las discrepancias que, sobre este punto, muestra D. S. Blondheim al reseñar este trabajo<sup>42</sup>, los datos de Solalinde justifican muy poco la elección hecha por el editor bíblico, ya que, a más de no poseer hoy datos inequívocamente seguros de la difusión que pudo tener, a mediados del siglo XVI, el aragonesismo *otilar*, hay aves mucho más significativamente gritadoras que el *autillo*, incluso dentro de la misma familia de las estrigiformes, al tiempo que la lexía compleja *hija del autillo*, no tiene, hasta el momento y que nosotros sepamos, contenido específico de ningún tipo, ni zoológico ni lexicográfico: no se puede pensar que alguien haya tomado el *avestruz* como *hijo del autillo*, como tampoco es el desierto su hábitat usual, en contra de la opinión de D. S. Blondheim<sup>43</sup>; si se ha querido generalizar en el *autillo* todo el gran conjunto de aves gritadoras, y, a la vez, siguiendo la tradición bíblica, habitantes del desierto, es algo que me resulta ajeno e indiferente, ya que, como testimonio objetivo, esta autoridad es absolutamente inútil y rechazable.

El primer intento de establecer una etimología de *autillo*, formalmente posible, es el de Covarrubias, en un texto muy interesante, sea cual fuere el punto de vista desde el que se le considere: «Es un ave nocturna menor que el búho y mayor que la lechuza, y es diminutivo este nombre de *Otis*, *Otidis*, *graece* οτις, *eo quod plumeas aureas habeat eminentes*, lo cual es común al búho, a la lechuza y al autillo. Y aviendo de dezir otillo, por ser la primera letra ω omega, que la bolvemos en au, diximos autillo. Describe Plinio esta ave, lib. 10, cap. 23, en esta forma: *Otis buhone minus est, noctuis maior auribus plumeis eminentibus, unde et nomen illi*. Llámase *ulula*, por su canto de aullido. Virgilio, égloga 8: 'Certent et cygnis ullulae'»<sup>44</sup>. El primer punto interesante es el de la definición descriptiva del ave, por cuanto, amparándose en el parecido formal, aplica al *autillo* los datos que Plinio utilizó para describir el *búho chico*, como ya vimos anteriormente, con lo cual la descripción es falsa, pues el *autillo* es ostensiblemente menor que la *lechuza*; después veremos cómo este error va a hacer bastante fortuna. El intento de explicación etimológica es muy sugestivo, pero, por desgracia, hoy por hoy es indocumentable; en efecto, no es anómalo que la omega inicial griega sea adaptada en latín por los diptongos *ou-* o *au-*, así *ovum* y *auris* aparecen vinculadas a las voces griegas ὄον y ὄς, respectivamente, pero al no haber podido documentar en latín formas del tipo *\*autus* o *\*autellus*, no puedo afirmar taxativamente que Covarrubias estuviera en lo cierto. Por último, hay que constatar el error que sufrió el lexicógrafo clásico, pues no es *Otis*, sino *Otus*, la forma que corresponde al *autillo*, mientras que la primera es la de la avutarda (*Otis tarda*), cuyo nombre latino también guarda relación con «oreja», interpre-

41 Art. cit., págs. 84-85.

42 Vid. R. F. E., XIX, 1932, págs. 68-73.

43 Cfr. PETERSON... *op. cit.*, pág. 215.

44 *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. facsímil, Madrid, 1979, S. V.

tando por tal cada uno de los mostachos que, a modo de «orejas», tiene el macho a ambos lados de su mentón.

La *Historia General de las Aves*, de Diego de Funes y Mendoza, publicada en Valencia en 1621, dedica el capítulo XVII al estudio de «El autillo y el ama»; pese a la apariencia de error al aunar el *autillo* con la *lechuza*, no hay tal, puesto que el animal que se describe realmente en primer lugar es el *cáрабо común* (*Strix aluco*), y no el *autillo*: «Sus plumas son de color de ceniza con algunas manchas blancas, y negras: tiene la cabeça muy grande, guessa, rolliza, y llena de pluma; los ojos negros con algunas plumas alrededor; el pico torcido, las narizes anchas, las piernas llenas de pluma, las vñas negras, torcidas y agudas, las alas grandes, quatro dedos en los pies, como el Mochuelo y Cornichuela»; esta descripción coincide mucho más con la que Peterson hace del *cáрабо*, que con la del *autillo*, por el color ceniciento del plumaje, y negro de los ojos, lo robusto y redondo de la cabeza, la envergadura de sus alas, la ausencia de «orejas», e incluso lo lastimero de su voz»<sup>45</sup>; por entender que no se refiere al *autillo* más que en el nombre, reservo la discusión de este texto para cuando hable del *cáрабо común*, donde plantearé el problema de la confusión entre ambos.

Lo que resulta realmente sorprendente y curioso de este caso es la continuidad de estos errores, perpetuados a través de las distintas realizaciones lexicográficas, sin que nadie haya tenido la feliz idea de detenerse a inquirir la veracidad de estos asertos o, al menos, su correspondencia aproximada con la realidad. Así, el académico *Diccionario de Autoridades* lo define como «Ave nocturna menor que el Búho, y mayor que la Lechuza, cuyas plumas son oscuras, y tiene las orejas levantadas y cubiertas de plumas. Su voz es tristísima, y semejante al aullido de los lobos. El origen de esta palabra es del Griego *Otis, Otidis*, que significa esta ave, y por el sonido de la voz que forma Au se dixo Autillo. Trahenla Nebrixa, Covarr. y otros Vocabularios. Lat. *Ulula, ae*»<sup>46</sup>. En ella aparecen entremezclados no sólo los datos procedentes de los tratadistas o lexicógrafos explícitamente citados, sino también los de otros, como es el caso de Funes, que nada más figuran en la larga nómina inicial de la «Lista de los autores elegidos...», con que da comienzo el volumen. La verdad es que, a partir de los datos suministrados acerca de este diccionario por Fernando Lázaro Carreter, uno puede empezar a explicarse una muy buena parte de estas confusiones: la parte correspondiente a esta definición fue encargada a don Vicente Barcallar y Sanna, «marqués de San Felipe. Del Consejo Real; enviado extraordinario a Génova; embajador en Holanda»<sup>47</sup>, y fue corrector de ella don Pedro Manuel de Acevedo, «Regidor perpetuo de Soria; sargento mayor de Caballería; gobernador de Jerez de los

45 *Op. cit.*, pág. 218.

46 Cito por la ed. facsímil, Madrid, 1969, T. I; S.V.

47 Cfr. Fernando LAZARO CARRETER: *Crónica del diccionario de Autoridades*, Madrid, 1972, pág. 106.

Caballeros»<sup>48</sup>, a ninguno de los cuales se le puede suponer, al menos inicialmente, grandes conocimientos técnicos sobre el tema; en líneas generales, el error del parecido con la lechuza, y de su mayor tamaño respecto de ésta, se mantienen hasta la última edición del diccionario de la Academia<sup>49</sup>, lo mismo que en el *Histórico*, en el que, además de no registrarse más definición descriptiva que una muy parcial, tomada de la versión que de las obras de Plinio hizo Huerta, en el texto del *Arte de Ballestería*, de Espinar, no se sabe con certeza si se le identifica con el *cáрабо* o no<sup>50</sup>. Aparte de los testimonios aquí aducidos, no he podido documentar esta voz en ningún otro texto del que se puedan extraer datos, verdaderos o falsos, sobre el animal por ella designado, pues tanto la cita de la *Ulixea* de G. Pérez, recogida en el *Diccionario Histórico*, como la más moderna que he encontrado, de *Hijos de la Ira*, de Dámaso Alonso, «un lúgubre concierto de lejanísimos cárabos, de agoreras zumayas, de los más secretos autillos»<sup>51</sup>, pertenecen a obras que, por su estricto carácter literario, no necesitan aportar mayores precisiones de índole técnica, ya sean ornitológicas, ya lexicográficas.

La verdadera discusión acerca de si el término español *autillo* deriva, o no, del latín *otus*, hay que plantearla, lógicamente, a partir de los datos suministrados por Corominas; en las dos ediciones de su obra, propone un origen onomatopéyico, basado en que «la imitación popular (del grito del ave) sería *u-ut*, cuya *u* prolongada se diferenciaría dando *a-ut*, de donde *autillo*, diminutivo explicable por ser menor que el búho»<sup>52</sup>. Son varias las precisiones que habría que hacer a esta opinión: 1) Peterson describe así la voz del *autillo*: «Nota usual un silbido melancólico persistentemente repetido. "quiuu", muy aprecido a la voz del sapo de espuelas, lo que a veces produce confusión»<sup>53</sup>, a partir de la cual no queda nada clara la presencia de una *-t* final en la onomatopeya. 2) Tampoco son evidentes las razones por las que la diferenciación de la «*u* prolongada» haya de ser precisamente una *a-* inicial, cuando uno podría esperar un sonido gutural o sibilante, dado que el comienzo de la voz es gutural, y su desarrollo total le asemeja a un silbido. 3) Aunque Alcover dé como correspondiente al catalán *xot* el *búho chico*, la verdad es que su correlato castellano es *autillo*, al menos desde el punto de vista de la taxonomía ornitológica; en todo caso, no es esta la razón por la cual se aduce aquí y ahora su testimonio, sino porque le atribuye a la voz catalana un origen onomatopéyico<sup>54</sup>. De la comparación de las voces con que en uno y otro idioma es conocida este ave, puede entresacar el investigador

48 *Ibidem*.

49 19.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1970, S. V.

50 *Diccionario histórico de la lengua española*, vol. I, Madrid, desde 1963, S. V.

51 Cito por la 3.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1969, pág. 31.

52 COROMINAS-PASCUAL: *Diccionario Crítico-Etimológico Español e Hispánico*, vol. I, Madrid, 1980, S. V.

53 *Op.* y loc. cit.

54 *Diccionari Català-Valencià-Balear*, t. X, Palma de Mallorca, 1962, S. V.

interesado algunos datos, no demasiados, pero sí significativos, acerca de los distintos caminos seguidos en la interpretación lingüística de la onomatopeya, siempre y cuando se acepte el principio general de que cada idioma puede hacer una interpretación distinta de un mismo sonido<sup>55</sup>: a) La única convergencia entre catalán y castellano, si bien oculta bajo la capa de una posterior evolución, está en el vocalismo *-o-/au-*, respectivamente. b) El catalán ha reproducido con mayor fidelidad que el castellano el sonido, inequívocamente asimilable a una consonante, con que da comienzo la emisión de la voz por parte del animal; dado el contexto general, nos parece acertada su reproducción mediante una palatal africana, al tiempo que no es difícil considerar, cuando menos como sorprendente, la opción castellana de prescindir, de modo total y absoluto, de toda posible asunción de este comienzo (a la vista del centón de casos encuadrables junto a la pareja *xot/choto*, se me ocurre pensar si no hubiese sido presumible una solución *ch-*). c) La presencia de una *-t-*, en la posición final de lo que se puede considerar mimesis lingüística, no parece estar justificada en la descripción de Peterson que hemos transcrito arriba; por tanto, si el ornitólogo no ha sufrido error, hay que pensar en que no se trata sino de un elemento ajeno a ella, por tanto debido a razones puramente idiomáticas. En catalán tal vez pudiera explicarse por su tendencia a los finales consonánticos duros, pero ¿qué razón puede haber para su presencia en castellano, en posición interna y precediendo al sufijo diminutivo? Desestimado el impensable catalanismo, no hay razón que justifique la presencia de esa *-t-* en castellano.

La voz castellana *autillo* no participa de dos de las tres etapas recorridas por la onomatopeya en catalán, distanciándose claramente en lo que se refiere a la segunda y no encontrando razones que justifiquen la decisión tomada en el problema planteado en la tercera. A la vista de todo ello, creemos que tal vez mereciera la pena replantear nuevamente la hipótesis, ciertamente no nueva, de que esta voz castellana no tenga un origen onomatopéyico; en consecuencia, procede ahora ver las opiniones que tienen otros puntos de partida, y ver si es posible aportar algo nuevo, aunque sólo sea en el campo de las interpretaciones. Antes de entrar a considerar cualquiera de estas propuestas, es conveniente que queden muy claros algunos aspectos, que muy bien pudieran llegar a resultar importantes en el momento de tomar una decisión: El primero de ellos, emanado del propio carácter tardío de la documentación, es la práctica imposibilidad de contar con el apoyo de formas fonéticamente intermedias, o no totalmente evolucionadas, lo que redundará no sólo en una ostensible elevación del riesgo de error, sino también, y por falta de pruebas concluyentes, en la imperiosa necesidad de no traspasar los límites entre la hipótesis y la certeza científica. El otro aspecto que hay que tener en cuenta guarda relación con la polémica, ya antigua, entre los filólogos acerca de la

---

55 Cfr. Vicente GARCIA DE DIEGO: *Diccionario de Voces Naturales*, Madrid, 1968, págs. 20-55, dedicadas íntegramente al estudio de la onomatopeya.



conveniencia de mantener el carácter casi exclusivamente fonético de la etimología, frente a quienes se inclinan por la globalización del proceso de investigación etimológica, entendiéndolo por tal, además de la inevitable inclusión de los datos léxico-semánticos y de los morfológicos, cuando los hubiere adecuados, la consideración de la historia particular de cada palabra, tanto como de sus relaciones con quienes comparten con ella el campo asociativo, concepto que abarca desde lo estrictamente fonético hasta lo conceptual-semántico.

Entre la propuesta de Diez, derivado del griego ὄτος, se debe suponer que a través del latín *otus*, y la de García de Diego, que, como bien afirma Corominas, «cambia OTUS en AVIS OTUS», parece que se debe uno inclinar por la segunda, en principio porque los argumentos expuestos al comentar el texto de Covarrubias siguen siendo válidos. A mayor abundamiento, existen unas razones positivamente favorables a la tesis de García de Diego: En primer lugar, este tipo de formación era lo suficientemente usual en latín, como para poder obviar el hecho de que, al menos hasta hoy, no haya posible documentar explícitamente este caso; las etimologías de «avestruz» y de «avutarda», entre otras, pueden ser buen testimonio de ello, aunque insuficiente. En efecto, ocasiones hay en las que la presencia del término genérico AVIS no es tan manifiesta como en los ejemplos anteriormente citados, siendo su generalización, en los distintos idiomas románicos, un aspecto de variada cuantificación, ya que no todos mantienen vivo el reflejo de su existencia en la misma medida; por referirme a un caso distinto de los anteriores, y significativo por otros varios detalles, citaré el de la serie etimológica establecida por Tilander, a propósito de algunos nombres románicos del «azor»: «esp. *aztor* → prov. *astor* (→ it. *astore*) + *avis* → prov. *austor* → v. fr. *ostour* → fr. mod. *autour*»<sup>56</sup>. En segundo lugar, y discrepando de la opinión de Corominas, no encuentro que las razones estrictamente fonéticas sean tan contrarias a la propuesta de García de Diego, y ello por varios motivos, que conviene ver por separado: a) No veo clara la inverosimilitud de la síncopa AVOTELLUS; b) A partir de ella, no son las soluciones *audillo* y *otillo* las únicas posibles. Las pruebas de estas dos afirmaciones las ofrece el propio Corominas a propósito de la voz *avutarda*: «El desarrollo fonético de AVEM TARDAM en *abatarda* y *autarda* es regular; posteriormente, por influjo de *ave*, este último se cambió en *avutarda*»<sup>57</sup>; ahora sí que considera normal tanto la no reducción de *au-* como la no sonorización de la *-t-* intervocálica, y en *autillo* ¿por qué no? Todo ello sin llegar a considerar un hecho de interés: lo poco previsible que resulta en español la evolución de la secuencia *auo-*, dada su escasa incidencia. En tercer lugar, aunque en relación con lo anterior, advertimos que, pese a contar con la forma arcaica, hoy vulgar, *avetarda*, no duda en atribuir el vocalismo *-u-* de la sílaba protónica a un

56 *Nouveaux Mélanges d'Etymologie Cynégétique*, Lund, 1961, págs. 308-317, la cita en la 311.

57 *Op. cit.*, S. V.

influjo de *ave*, en vista de lo cual creo que es perfectamente posible, e incluso muy probable que, de modo paralelo a lo que hemos visto en la serie derivativa de «azor», *otus* haya cambiado su vocalismo inicial por el propio influjo de *ave*. Frente a lo movedido del apoyo en *Autoridades* para sostener el carácter onomatopéyico de la voz castellana, no sólo porque, como ya hemos visto antes, este diccionario lo confunde todo, sino también porque es obvio que *otus* no era voz onomatopéyica en latín, la propuesta de García de Diego ofrece fundamentos más sólidos, incluso en lo fonético, como lo demuestra la comparación con *avutarda*, aun cuando este tipo de argumento no sea estrictamente necesario, como lo prueba el caso de *austor*<sup>58</sup>.

Sean ciertas o no las conclusiones obtenidas de esta larga indagación acerca de la posible pervivencia, en castellano, de algún derivado de *otus*, lo que sí es indiscutible es que, al igual que *nyktikorax* y que *asio*, ni *otus* ni ningún derivado suyo, designa ya al *búho chico*, animal que, entre pérdidas y posibles desplazamientos, se ha quedado sin nombre específico. A la hora de cubrir este hueco en el campo de las designaciones, la lengua ha puesto en marcha dos recursos distintos: en virtud del primero, que parte de una comparación con *búho*, y con el evidente concurso del cotejo de tamaños, ha creado la lexía compleja *búho chico*; al margen de ella, y en segundo lugar, por medio de una larga serie de coincidencias y asociaciones de ideas, de cuya identificación y esclarecimiento nos vamos a ocupar en adelante, nos encontramos con que este mismo animal es conocido popularmente en Castilla con el nombre de *corneja*, que, como vimos ya al principio de este capítulo, es el nombre específico de un conocido córvido. Discernir si, desde el punto de vista onomasiológico, estamos ante el resultado de un proceso polisémico u homonímico solamente puede ser fruto que se desprenda, como en las ocasiones anteriores, del estudio minucioso de la historia de la palabra, desde sus antecedentes clásicos hasta hoy, y a él nos aprestamos, declinando un poco el estudio de sus características generales en favor, como es lógico, de aquellas que puedan servir de justificación a la confluencia de sentidos.

Corneja procede de *cornicula*, diminutivo de *cornix*, como también lo era, aunque presumiblemente de una forma *cornax*, *cornacula*, base para otros derivados románicos no españoles<sup>59</sup>; tanto la forma normal como la diminutiva se emplearon en latín para designar a la *corneja*, lo mismo la cenicienta, *Corvus corone cornix*, residente en todo el Mediterráneo, salvo en la Península Ibérica, como la negra, *Corvus corone*, ausente de toda la cuenca del citado mar, excepción hecha de España, localizándose la subespecie *Corvus corone corone* en la parte septentrional de Italia. Como consecuencia inmediata de estas dos indistinciones, cara a nuestra pesquisa, prescindiremos de las diferencias ornitológicas, irrelevantes desde el punto de vista lingüístico,

58 Otras formaciones de esta misma voz, también con *au-* inicial, recoge Walter VON WARTBURG: *Französisches Etymologisches Wörterbuch*, vol. I, Tübingen, 1948, S. V. *acceptor*.

59 *Op. cit.* en la nota anterior, S. V. *cornicula*.

así como de la dualidad gramatical diminutivo/sustantivo base, irrelevante desde el punto de vista del contenido. Por razones obvias, también dejaremos fuera de esta investigación todo lo atingente a las distintas especies de pardelas, proceláridas del género *Puffinus*, llamadas también en latín *cornix*.

J. André establece bien la relación etimológica entre *cornix* y el griego κορώνη<sup>60</sup>, si bien no he podido encontrar ninguna referencia en torno a la posibilidad de que se trate de «termes expressifs onomatopéiques en kro-/kor-», cuando sí las hay acerca de otras características o relaciones de su habla, como, por ejemplo, el ser «rauca» e incluso hasta sus habilidades para ser imitadora del habla humana<sup>61</sup>, lo que puede inducir a poner en entredicho el carácter onomatopéico de la voz. En tanto que sustantivo, el término griego significa, dentro del ámbito de la ornitología, «corneja», córvido, no estrígida. Como es habitual, la mitología nos ofrece datos muy valiosos para calibrar la personalidad del ave, encontrándonos con dos personajes, femeninos ambos, con el nombre de Coronis.

La primera de ellas es la hija del rey de los lapitas y amante de Apolo. La cual, al quedar embarazada de éste, fue puesta bajo la vigilancia del cuervo, quien dio a Apolo la noticia de la infidelidad de su amante con Ischys, hijo de Elatos; la esposa infiel fue castigada con la muerte, y el delator vio cómo se ennegrecían sus blancas plumas. La segunda es la hija de Coroneo, metamorfoseada por Palas Atenea en corneja para que pudiera escapar de las asechanzas amorosas de Neptuno; a partir de ese momento, disfrutó de la protección de la diosa, hasta que, por delatarle que Aglauros, hija de Cécrope, y hermana de Pándrosos y Herse, había desvelado el secreto de la existencia de Erictonio, fue relegada por la propia Palas, pasando a ocupar su lugar Nictímene, de quien ya nos ocuparemos<sup>62</sup>. Ovidio entremezcla ambos mitos en el libro segundo de sus *Metamorfosis*, pues será esta segunda Coronis la que intente disuadir al cuervo de que cuente a Apolo la infidelidad cometida por la primera, ofreciéndose a sí misma como ejemplo de lo peligroso de su intento, porque:

«.....*Mea poena volucres  
admonuisse potest, ne uoce pericula quaerant*»<sup>63</sup>.

Antes de proseguir con el examen de las más significativas características de la *corneja*, convendría resaltar el hecho más destacable de ambos mitos: la delación como causa de un perjuicio grave para el delator, y que no es sino una repetición de lo que, en el capítulo anterior, vimos a propósito de Ascálafo. Con la inclusión del córvido entre quienes han sido víctimas de sus propias delaciones, la propia mitología está propiciando la confusión con las

60 *Op. cit.* S. V. *cornicula*.

61 *Thesaurus Linguae Latinae*. Leipzig. 1906-1909. vol. IV. S. V.

62 P. GRIMAL: *Dictionnaire de la Mythologie Grecque et Romaine*, París, 1963; S. V. *Coronis*.

63 Ed. de Antonio Ruiz de Elvira. Barcelona. 1964. págs. 67 y sigs.

estrigidas, puesto que este era rasgo distintivo de la más significativa, importante y conocida de las segundas: el búho; ello supone, como un ítem más, el dato subsidiario de ser consideradas ambas como aves de mal agüero, en determinadas circunstancias.

Las referencias a la *corneja* son lo suficientemente abundantes a lo largo de la tradición helénica como para prescindir de algunas de ellas, en función de lo que ya dejamos expuesto arriba; así, alusiones a su longevidad, o a su tendencia a la monogamia, quedarán fuera del presente estudio<sup>64</sup>, que quedará reducido a tres aspectos: la enemistad con algunas aves, el carácter augural y su presencia en la escena. El primero de ellos parte del segundo de los mitos aquí aducidos: es normal que la hija de Coroneo, al ser pospuesta a Nictímene, la *lechuza*, sintiera una especial aversión hacia ella; Eliano nos cuenta así los pormenores de esta enemistad:

-ἐπει δὲ ἡ γλαυξ ἔστιν αὐτῆ πολέμον, καὶ γύκτωρ ἐπιβουλεύει τοῖς ψοῖς τῆς κορώνης, ἡ δὲ μεθ' ἡμέραν ἐκείνην ταῦτ' ὁρᾷ τοῦτο, εἶδούτ' ἔχειν τὴν γλαῦκα τῆκιναυτὰ· ἀσθενῆ, (65).

(Como la lechuza es enemiga de ella, durante la noche atenta contra sus huevos, y la corneja durante el día hace lo mismo con la lechuza, porque sabe que este pájaro tiene entonces flaca visión<sup>66</sup>.)

razón por la cual no le «es accesible la acrópolis de Atenas»<sup>67</sup>, lo que no supuso obstáculo para que en Corone hubiese una estatua de Palas Atenea con una corneja en su mano, presumiblemente alusiva a su antigua amistad. Aun cuando quede para otro capítulo la exacta determinación del ave que substituyó a la *corneja* en los favores de Athenea, no parece demasiado aventurado pensar que en esta coincidencia del córvido y la estrígida, como animales protegidos por una misma diosa, podemos situar el primer peldaño de lo que después será la polisemia castellana; quizá no se trate más que de una circunstancia coadyuvante y no decisiva, habida cuenta de que no hay indicios de confusión en los antecedentes clásicos del español, pero la coincidencia está ahí de modo inequívoco. Recuérdese además que, tal y como vimos ya en el primer capítulo de este trabajo, a esta disputa de los cuervos y los búhos está dedicado todo el capítulo sexto del *Libro de Calila e Digna*: el hecho de que esta obra esté entroncada con la tradición oriental y no con la grecorromana, o de que haya que entender que cuervos y búhos estén aquí, más que como individuos de una determinada especie, como representantes

64 Pueden verse ampliamente documentadas en D'ARCY THOMPSON, *op. cit.*, S. V., y en POLLARD, *op. cit.*, págs. 25-26.

65 Apud D'ARCY THOMPSON, *loc. cit.*

66 Reproduzco la versión de José M.<sup>a</sup> DIAZ-REGAÑÓN ALVAREZ, en Claudio ELIANO: *Historia de los Animales*, vol. I, Madrid, 1984, pág. 155. Cfr. también J. POLLARD: *op. cit.*, pág. 26.

67 Claudio ELIANO, *op. cit.*, pág. 223.

de sus respectivas familias, córvidos y estrigiformes, no supone ningún tipo de obstáculo a la hora de establecer la existencia de una relación nexo común entre ellos, al margen de que, después, se trocara en aversión, en virtud de hechos que ya nos son conocidos. Por lo que respecta a la segunda de las características citadas, su función augural, cabe destacar que se aplicaba especialmente a la predicción de fenómenos meteorológicos y a los presagios de felicidad de un nuevo matrimonio; así, leemos en Pollard: «The crow, like the raven, was also a prophet of rain, as Teophrastus reminds us. 'If it caws twice or thrice and late in the day, it is a sign of stormy weather'. Aratus says much the same of the crow 'softly varying its voice at eventide' or when 'by the jutting headland the cawing crow struts on dry land before the coming storm', a passage imitated by Virgil. Even fig-leaves, if shaped like crows' feet, were said to forecast a bad summer. Like its congener the raven the crow could also be a sign fine weather. 'If the crow caws thrice at dawn it signifies good weather, or if it calls softly during a winter evening»<sup>68</sup>. Quisiera resaltar de este texto un hecho: el augurio se produce, fundamentalmente, a partir de la emisión de sonidos por parte del animal; con ello volvemos a encontrarnos con el leit-motiv de la personalidad del búho: conocimiento de unos hechos, bien previamente a que sucedan, bien ocultos a los demás, y delación o manifestación de los mismos. Idénticos caracteres presentan los textos latinos que aluden a esta facultad:

*«Tum cornix plena pluuiam uocat improba uoce  
et sola in sicca secum spatiat harena»*<sup>69</sup>.

El augurio nupcial no se basaba en el graznido del ave, sino en los modos de su presencia, lo que no constituyó obstáculo para que, a partir de su voz, se hiciesen augurios de carácter genérico; en este sentido, los testimonios de los autores latinos son muy numerosos, pero me limitaré a recoger dos de Paulo Festo, que me parecen interesantes porque alinean a la *corneja* con otras aves, entre ellas la lechuza, por el modo de presentar el augurio: «oscidum tripudium est, quod oris cantu significat quid portendit; cum cecinit corvus, cornix, noctua, parra, picus»<sup>70</sup>. Modos de presentarse y manifestación oral aparecen conjugados en la siguiente frase del ciceroniano «*De Divinatione*»: «Iuppiterne cornicen a laeva corvum a dextera canera iussisset»<sup>71</sup>. Entremezclando la facilidad para el augurio y la antigua adscripción de la *corneja* a Palas Atenea, creó Esopo la fábula de «La Corneja y el Perro»:

68 *Op. cit.*, pág. 112.

69 VIRGILIO: *Georgiques*. Texte établi et traduit par E. de Saint-Denis. París, 1960. pág. 15. l. 388-389.

70 *Cfr. Thesaurus Linguae Latinae*, ibidem.

71 *De Senectute, De Amicitia, De Divinatione*, Ed. de W. A. Falconer. Cambridge, 1979. pág.

-κορώνη Ἀθηνᾶ θύουσα κύνα ἐφ' ἐστύασιν ἐκάλεσεν. Ὁ δὲ ἔφη πρὸς αὐτήν·  
 "Τί μάτην τὰς θυσίας ἀναλίσκεις; ἡ γὰρ δαίμων οὕτως σε μισεῖ ὥς καὶ  
 τῶν σῶν οἰωνῶν τὴν πίστιν περιελέσθαι". καὶ ἡ κορώνη ἀπεκρίνατο· "Ἰλλὰ  
 καὶ διὰ τοῦτο αὐτῇ θύω, δίδωμι οἷα αὐτὴν ἀπεχθῶς διασκελεμένην, ἵνα  
 διαλλαγῇ", (72)

(Una corneja que ofrecía un sacrificio a Atena, invitó a un perro al banquete. Y el perro le dijo: «¿Por qué te gastas en hacer sacrificios en vano? Porque la diosa te odia tanto que hasta ha privado de credibilidad a tus presagios». La corneja respondió: «Pues por eso mismo le hago sacrificios, porque sé que me aborrece, para que se reconcilie»<sup>72</sup>.)

Será después Higino, dentro ya de la literatura latina, quien vuelva a insistir en la relación existente entre el córvido y la mencionada diosa: «*Cecropis filiae* cum cistulam aperuissent, cornix *Minervae* indicavit, illae a Minerva insania objecta ipsae se in mare praecipitaverunt»<sup>74</sup>.

Más compleja es la problemática referente a su presencia en la escena. En principio parece que pueda estar relacionada con el llamado «canto de la corneja»<sup>75</sup>, quien, a su vez, se relaciona en su origen con el augurio matrimonial; así parece aceptarlo Pollard, al traducir a Eliano: «I have heard that in former times men actually sang the 'Crow Song' at weddings, pledging such who came together for the getting of children to be one mind. Those again who observe the postures and flights of birds maintain that it is an ill omen for those getting married to hear a single crow»<sup>76</sup>. El eslabón intermedio parece que hubiese podido ser un tipo de himno de postulación, llamado *coronisma*, y del que José A. Martín García ha estudiado un ejemplo, perteneciente a Fénice de Colofón, en todos sus aspectos<sup>77</sup>. En este mismo orden de cosas, pero en una etapa siguiente de su evolución, encontramos un rasgo de la personalidad de la *corneja* que es muy significativo para nosotros; dice Pollard: «The crow family made intelligent amusing pets, and so it is hardly surprising to find Peisthetaerus and Euelpides setting out for Cloudcuckootown with a crow and a jackdaw as guides. The daw cost an obol and the crow thrice that amount, which suggests that they were readily obtainable. Certainly a crow was carried round by the singers of the Crow Song, who invited the bystanders and householders to contribute to the crow. Probably the bird's antics and powers of mimicry could be relied on the excited the generosity of the spectators...»<sup>78</sup>. Esta habilidad para la mimesis pasa también a la

72 AESOPI: *Fabulae*, Ed. de Aemilius Chambry, Paris, 1926, pág. 293.

73 Reproduzco la traducción de P. BADENAS DE LA PEÑA y J. LOPEZ FACAL: *Fabulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio*, Madrid, 1978, pág. 98.

74 *Higini Fabulae*, Ed. de H. I. Rose, Lugdoni Batavorum, 1963, pág. 117.

75 «The chorus in Ar. Pax, 1127-sq. is perhaps an echo of a Crow-Song; and the opening scene of the Birds probably mimics or parodies the κορωνιστικόν» (D'ARCY THOMPSON, *op. y loc. cit.*).

76 *Op. cit.*, pág. 127.

77 *Fénice de Colofón*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1981, págs. 771-816.

78 *Op. cit.*, pág. 135.

tradición latina, si bien especializándola en lo que al lenguaje humano se refiere, característica común a otros varios córvidos; el siguiente texto de Plinio es significativo: «...haec prodente me, equitis Romani cornix e Baetica primum colore mira admodum nigro, deinde plura contexta verba exprimens et alia atque alia crebro addiscens»<sup>79</sup>.

En la literatura clásica latina aparece un detalle altamente significativo, al menos a la hora de calibrar las posibilidades de confusión existentes entre el ave que nos ocupa y otra cualquiera; expresado con los propios términos del citado *Thesaurus: alienarum avium plumis se exornat*. Aunque el origen parece estar en la fábula esópica de «El grajo y los pájaros»<sup>80</sup>, fue Horacio quien asignó este carácter a la *corneja*, en la epístola tercera del libro primero<sup>81</sup>, ganándose con ello el siguiente comentario del Pseudodacron: «Fabula Aesopi, et est abusive cornicula pro graculo. Alii dicunt corniculam sine plumis natam postea a singulis auibus plumas accepisse»<sup>82</sup>. No existe constancia de que en la vida real el ave actúe así, pero al menos literariamente es bastante clara su proclividad hacia el disfraz, con la subsiguiente confusión con otros pájaros.

De entre todos estos rasgos, las *Etimologías* isidorianas no hacen referencia más que al carácter augural: «Cornix, annosa avis, apud Latinos Graeco nomine appellatur, quam aiunt augures hominum curas significationibus agere, insidiarum vias monstrare, futura praedicere»<sup>83</sup>.

Con esta configuración de su personalidad sale la *corneja* de la tradición clásica, ahora es necesario repasar los textos españoles para poder ir conociendo la historia de los contenidos léxicos de esta voz en nuestro idioma. Ya desde el *Cantar de Mio Cid* tenemos constancia del carácter augural de este córvido:

«A la exida de Bivar ovieron la corneja diestra,  
e entrando a Burgos oviéronla siniestra».

así como también de la creencia en sus augurios, : in por parte de personas tan cristianas como el propio Cid<sup>84</sup>. No resulta fácil decidir si el texto del *Cantar* aludía al córvido o a la estrígida, por cuanto no tenemos más referencias que las relativas a su carácter augural, cuando serían precisas referencias de otra índole, pues ya hemos visto que la citada era común a ambas aves. El

79 Ed. cit., pág. 71.

80 Vid. ed. cit., pág. 279, y traducción cit., págs. 87 y 88.

81 *Ne, si forte repetitum venerit olim! grex avium plumas, moveat cornicula risum! furtivis nudata coloribus?...* (Q. HORATI GLACCI: *Opera*, Ed. de F. C. Wickham, Oxford, 1975).

82 *Scholia in Horatium Vetustiora*, Ed. de Otto Keller, Stuttgart, 1967, pág. 225.

83 Ed. cit., pág. 114.

84 Versos 11 y 12 del canto primero. Cito por la ed. de Ramón MENENDEZ PIDAL: *Cantar de Mio Cid*. Texto, gramática y vocabulario, vol. III, 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1969; cfr. vol. II, 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1969. S. V. *ave* y *corneja*.

*Libro de Alexandre* se refiere a la *corneja* como el animal que «quando-l roban el nido... da boz e apellido»<sup>85</sup>. Si tenemos en cuenta la opinión de Eliano, en torno a que córvidos y estrigiformes se roban mutuamente los nidos, los primeros durante el día, y los segundos de noche, aprovechándose cada uno de las horas de mayor incapacidad del contrario, tenemos que volver a pensar en que el autor bien pudo referirse a cualquiera de ambas; por si ello no fuera suficiente, el hecho de delatar al autor del desaguizado puede estar igualmente relacionado con el mito de Ascálofo que con el de Coronis, en cualquiera de sus dos posibilidades. Mas con todo, Louis F. Sas identifica *corneja* con cuervo<sup>86</sup>, con lo que parece que se circunscribe al mito de Coronis, hija del rey de los lapitas, marginando toda relación del ave con Minerva.

El ejemplo XXI de *El Conde Lucanor* nos presenta no tanto el carácter augural de la *corneja*, como la interpretación que de sus voces es posible realizar, en función de los resultados que uno pretenda obtener<sup>87</sup>, pero tampoco nos da más que una leve orientación a favor de que se trate de el córvido, y es que la acción tiene lugar durante el día, estando ya retirado el *búho chico*.

Si hasta ahora la falta de explicitación de rasgos en los textos medievales puede ser interpretada a favor de que se aluda al córvido, aunque no sea más que por mor de ir a favor de corriente, al llegar a Juan Ruiz puede no ser todo tan unívoco: si en el «Enxiemplo del pavon e de la corneja», y al margen de la confusión entre *graja* y *corneja*, que no sería más que un hito más en la ya larga trayectoria de la indeterminación de este animal<sup>88</sup>, la explícita negrura del ave, tanto como el deseo de adornarse con las plumas del pavón, nos llevan inequívocamente a pensar en el córvido, en la parte correspondiente a las «Serranas», en cuya estrofa 980 podemos leer:

*A la cabaña entremos; Herruzo non lo entienda.  
Metert' he por camino; avrás buena merienda.  
Liévat dende, cornejo, non busques más contienda*<sup>89</sup>.

las referencias deben ser minuciosamente analizadas antes de emitir una opinión. Corominas hace el siguiente comentario de la voz *cornejo*, que es la que nos interesa aquí: «Juego de palabras entre *corneja* (ave agorera) y *cor-*

85 Gonzalo DE BERCEO: *El Libro de Aleixandre*. Reconstrucción de Dana Nelson. Madrid. 1979. estrofa 522. a y b.

86 *Vocabulario del Libro de Aleixandre*, Madrid. 1976. S. V.

87 Vid. Don JUAN MANUEL: *Obras Completas*, Ed. de J. M. Blecua. vol. II, Madrid, 1983. págs. 159-167. Para otras alusiones, vid. Félix HUERTA TEJADA: *op. cit.*, S. V.

88 Vid. Juan RUIZ: *Libro de Buen Amor*, Ed. de Joan Corominas, Madrid, 1973. pág. 163. y los comentarios del mismo en la pág. 142 y de Félix LECOY: *Recherches sur le «Libro de Buen Amor» de Juan Ruiz*. With a new prologue, supplementary bibliography and index by A. D. Deyermond. Greeg International. 1974. págs. 127 y 128.

89 Ed. cit., pág. 385.



*nudo*»<sup>90</sup>; de él parece que se puede deducir que se refería Juan Ruiz al córvido, pues de otra manera el juego de palabras no existiría. No obstante, creo que no es imprescindible acudir a él, por cuanto existe un ave agorera y con cuernos, que es el *búho chico* o *corneja* estrigiforme; al estar así reunidos en un solo referente los dos conceptos que, con toda justeza, asigna Corominas a la voz que comentamos, no hace falta pensar en un juego de palabras: es un puro y simple proceso metafórico en virtud del cual se asignan a una persona las características más destacadas de un animal, ya de sobra conocido y usual en nuestra lengua. De ser así, sería la primera vez que en la literatura española aparece la voz «corneja» aludiendo, inequívocamente, no al córvido sino a la estrígida, como se puede apreciar claramente en la referencia a los cuernos.

Por dos veces se refiere Garcilaso de la Vega en sus *Eglogas* a la *corneja*: en la primera de ellas, los versos 109-111 rezan así:

*Bien claro con su voz me lo decía  
la siniestra corneja repitiendo  
la desventura mía*<sup>91</sup>.

en los que, teniendo en cuenta el precedente virgiliano, parece claro que se trata del córvido. Los versos 260 a 299 de la égloga segunda nos relatan un episodio cinegético en el que, utilizando como reclamo una corneja cautiva, se consigue cazar a las que vienen en su auxilio<sup>92</sup>. Si bien es cierto que es el córvido quien suele aparecer formando bandadas, no lo es menos que el procedimiento de caza que nos describe Garcilaso es sospechosamente idéntico al que, todavía hoy, se emplea para apresar a estas aves, pero poniendo como reclamo no una de su misma familia, sino un búho o un mochuelo<sup>93</sup>, y siendo, precisamente los ojos de la rapaz nocturna el punto más ansiosamente buscado por sus enemigos; ni siquiera se puede aducir en contra que Garcilaso podría haber ignorado este detalle, ya que está entre las características proverbiales de la *corneja* entre los clásicos latinos: «Proverbio celeberrimo usus est, cornix autem avis genus est, quod esse fertur acutissima visione et, quando aliquod ad cadaver offendit, praecipue invadere in oculos dicitur»<sup>94</sup>; dado estos hechos, hay una pregunta inevitable: ¿conocía Garcilaso la polisemia de la voz *corneja*? Si la respuesta es afirmativa, modificó la base de la operación cinegética, pues de tener su fundamento en el odio entre cuervos y búhos, pasó a tenerlo en la amistad entre los distintos miembros de una misma bandada; pero si es negativa, el cambio debió tener su origen en la

90 Ed. cit., pág. 382.

91 Antonio GALLEGO MORELI: *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1972, pág. 162.

92 Ed. cit., págs. 178-179.

93 Vid. el primer capítulo de este trabajo, págs. 292 y 293.

94 Apud *Thesaurus Linguae Latinae*, loc. cit., donde aparecen otros textos similares.

dificultad que el poeta toledano tendría para comprender que miembros de un mismo grupo de aves se atacasen entre sí.

La primera vez en que, de modo indudable y claro, al margen de la variación en el sufijo diminutivo que, por otra parte, no se ha consolidado en español, *corneja* se refiere al *búho chico* es en la ya citada *Historia General de las Aves*, de Diego de Funes, donde en el párrafo que hemos transcrito anteriormente queda alineado entre los *búhos* y el *mochuelo*, y comparado con el *autillo*, por lo que es imposible pensar en el córvido. A pesar de ello, en otros textos del propio Siglo de Oro seguimos encontrando referencias a veces muy claras en favor de una de las dos aves, y otras bastante más indeterminadas; entre las primeras, podemos situar las tres ocasiones en que, según Alemany, Góngora empleó este término, a las que asigna los siguientes contenidos: «1) Especie de cuervo; 2) fig. Ave de mal agüero, aquí quizá tercera o alcahueta; 3) fig. Poeta desaliñado»<sup>95</sup>; al margen de la rebuscada afinidad entre las dos posibilidades que nos ofrece la segunda definición, conviene no olvidar que el córvido estaba vinculado a los ritos matrimoniales, del mismo modo que su desaliñado aspecto exterior fue el motivo de que decidiese apropiarse de las plumas ajenas, por todo lo cual me parece evidente que el poeta cordobés aludía a este animal, y no al *búho chico*. Algo distinto es el caso de Lope de Vega: Según Fernández Gómez, la voz *corneja* aparece en los tres siguientes textos, que pertenecen, respectivamente, a *El verdadero amante*, *Los jacintos y celoso de sí mismo* y a *Belardo furioso*:

*Ni la corneja siniestra  
ni el búho nocturno cante.  
A la corneja alborota  
la lechuza, y siempre daña,  
¡El día del injusto casamiento  
se cubra el cielo de nublado triste.  
Y de tu casa, chimenea y tejas,  
de murciélagos, búhos y cornejas!*<sup>96</sup>.

De los tres textos, el segundo se refiere inequívocamente al córvido, enemigo natural de búhos y lechuzas; mayor indeterminación presentan primero y tercero, pues, si bien es cierto que las aves con las que se encuentra alineada, formando un solo contexto, nos hacen pensar en la nocturna estrígida, no lo es menos que, en el primer caso no habría mayores inconvenientes en admitir que se puede tratar del córvido, al tiempo que el tercero, la circunstancia de señalar un mal augurio para el matrimonio nos conduce sin lugar a dudas a él. En todo caso, me parece que el tercer texto es un ejemplo valioso de la polisemia que encierra la voz *corneja*, pues conjuga el augurio matrimonial

<sup>95</sup> *Vocabulario de las Obras de Don Luis de Góngora*, Madrid, 1930, S. V.

<sup>96</sup> Carlos FERNÁNDEZ GÓMEZ: *Vocabulario completo de Lope de Vega*, vol. I, Madrid, 1971, S. V.

con el rasgo de nocturnidad, propio de los «murciélagos» y los «búhos»; presumiblemente, Lope aunó los rasgos de las dos aves.

A pesar de todo ello, con posterioridad, todavía se conservaba la distinción entre ambas aves lo suficientemente viva, además, como para que, en el poema «Pájaros» de Francisco Gregorio de Salas, podamos leer versos en los que la alusión al *búho chico* es innegable:

*La nocturna corneja  
en tono melancólico se queja  
sobre el antiguo resto de una ruina,  
o el desmochado tronco de una encina...*

por su nocturnidad, lo melancólico de su voz y su hábitat. A partir de este momento, ya todos los textos mantienen una línea de referencias en la que predominan las del córvido; tan sólo en enciclopedias, diccionarios y obras de tipo técnico suele aparecer *búho chico* como segunda acepción de la entrada *Corneja*.

## RESUMEN Y CONCLUSIONES

A lo largo de este capítulo hemos ido asistiendo al proceso de desaparición de los nombres clásicos del *búho chico*; unos fueron decayendo paulatinamente en su uso, hasta no superar, en español, la etapa medieval: es el caso *nyktícorax*; *asio* dejó descendencia románica, pero es desconocido en español; *otus*, siguiendo un deslizamiento de significado paralelo al que sufrió *asio* en italiano, ha pasado a designar un ave distinta, hipótesis que rectifica las conclusiones etimológicas de Corominas. Como consecuencia de todo ello, hay un animal que se ha quedado sin nombre vulgar específico: es el que en la taxonomía científica se conoce como *Asio otus*.

Al comenzar el proceso onomasiológico romance, presumiblemente en época preliteraria, ya que la presencia de algunos derivados de las formas perdidas en las traducciones medievales de la Biblia nos es útil para constatar la existencia de la forma, pero mucho menos su vitalidad, hasta el punto de que, en más de un caso, se trata casi de auténticos hápax, es cuando debió producirse el cruce entre el córvido y la estrígida, teniendo como factores propiciadores no sólo la ausencia de un nombre para la segunda, sino también la serie de circunstancias concomitantes entre ambas que hemos ido descri-

---

97 Su presencia en el refranero es, al igual que en otros textos, absolutamente ambigua, ya que, si bien es cierto que en *En la seca, la corneja guarda la cabeza*, y en *Corneja de secano, agua en la mano*, cuya variante *Coruja de secano, agua en la mano*, es mucho más explícita, parece que se alude a la estrígida, no lo es menos que en *La ramera y la corneja, cuanto más se lava, más negra semeja*, es innegable la alusión al córvido, por lo que nada se puede concluir de aquí. Los refranes citados corresponden, respectivamente, a las fichas 6078, 31.584, 37.585 y 53.749 de Luis MARTINEZ KLEISER: *Refranero General*, Madrid, 1953.

biendo a lo largo de este trabajo, de entre las cuales la más importante es el carácter augural de ambas. A partir de ese momento, una gran parte de los escritores entremezclan los rasgos de una y otra, hasta tal punto que se nos hace muy difícil pensar que tuvieron conciencia de la polisemia que encerraba la voz *corneja*; no solamente son muy pocos los distinguidores, sino que, aun estos no siempre aciertan a separar los caracteres correspondientes a cada una de ellas.

Hay un elemento más, para explicar esta confusión, que no he querido manejar hasta ahora porque no he podido encontrar, en la documentación analizada, más que un solo apoyo, y éste no llega más allá de probable: se trata de la relación, ya existente y documentada en griego, entre *corone* y «cuerno», ratificada, después, por la pervivencia de la misma noción en la voz latina *axio*, según comentamos ya en su momento, y patente también en la forma *cornechuela*, utilizada por Funes, sin olvidar que las falsas «orejas» del *búho chico* pueden ser como «cuernecillos», tanto por su forma, como por su tamaño o su posición en la cabeza del animal. El peligro del flagrante hipercriticismo me impide adentrarme más por este camino, pero tampoco sería justo que silenciase esta posibilidad de que *corneja*, en su doble significación ornitológica, no sea una polisemia sino una homonimia; la documentación analizada es abrumadoramente favorable a la primera posibilidad, pero tampoco es menos cierto que, en esta misma medida, es representativa del habla culta, por lo que puede seguir quedando la duda acerca de la situación real de los hechos en los niveles inferiores de la lengua, precisamente en los que, según el diccionario académico, se da el doble valor de la voz *corneja*<sup>97</sup>. Dedió ser a partir de la toma de conciencia de esta duplicidad, por parte de quienes eran partícipes de otros niveles lingüísticos más elevados, cuando se creó la lexía compleja *búho chico*, para designar al *Asio otus*, aunque lamentablemente, hasta hoy, no me haya sido posible situar con precisión esta fecha.

Situándonos ya en otra perspectiva distinta: la que enlaza con las conclusiones que, en torno al rasgo orientador de las designaciones castellanas de las rapaces nocturnas, quisimos dejar establecidas en el capítulo precedente, cabría indicar aquí que el término *corneja*, utilizado para designar al *búho chico*, no contradice lo expuesto entonces: a) si se trata de una polisemia, las referencias a la manifestación de hechos previamente conocidos, que en ello reside el poder augurar, es evidente; b) si aceptamos la posibilidad de la homonimia, lo que aparece destacado es la capacidad sensorial, concretamente auditiva del ave, y debo recordar que, en las conclusiones citadas, aludía a «percepción» y «manifestación», como elementos que habían sido manejados onomasiológicamente en el *búho real*.

En lo atinente al *autillo*, tampoco ha lugar la discrepancia, por cuanto todas las autoridades que han sido utilizadas al respecto: o han aludido explícitamente a las falsas «orejas», o a su capacidad de mimesis, acción que reúne, bien que en un orden de hechos totalmente distinto del augural, las nociones de finura de percepción y capacidad para comunicar lo que se ha percibido.